

## ***Con esta magnificencia y magestad. Espectáculo, símbolos y arte en la coronación de los Reyes de Aragón***

***With this magnificence and majesty. Spectacle,  
symbols and art at the coronation of the Kings of Aragon***

JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE\*

### **Resumen**

*La corona ha sido el principal símbolo de la realeza. Los reyes de Aragón no se coronaron en los dos primeros siglos de existencia del reino, pero en 1204 la situación sufrió un giro decisivo. Pedro II recibió la corona en Roma, y desde entonces los reyes de Aragón, con la excepción de Jaime I, disfrutaron del privilegio de ser coronados en la ciudad de Zaragoza, y lo hicieron por sí mismos. El ritual de la coronación se convirtió en el acto de manifestación pública más importante y simbólico de la monarquía aragonesa medieval.*

### **Palabras clave**

*Arquitectura, Corona de Aragón, Coronación de los reyes de Aragón, Pedro II, Jaime I el Conquistador, Catedral de la Seo, Palacio de la Aljafería, Zaragoza.*

### **Abstract**

*The Crown is the most notorious symbol of the Monarchy. The Kings of Aragon was not crowned during the two first centuries of your History, but in 1204 the situation is changed. Peter II was crowned in Roma, and in this moment, except James I the Conqueror, they enjoyed the privilege of receive the Crown in Saragossa city for themselves. The coronation's ritual became in the act of public manifestation more important and symbolic of the medieval Monarchy Aragonese.*

### **Keywords**

*Crown of Aragon, Coronation of the kings of Aragon, Peter II, James I the Conqueror, La Seo Cathedral, Aljafería Palace, Saragossa.*

\* \* \* \* \*

## **La coronación de los reyes de Aragón**

Desde la Antigüedad más remota la corona fue el principal símbolo de la realeza, hasta tal punto que los soberanos del antiguo Egipto, los

---

\* Catedrático del Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Zaragoza. Investigador Principal del Grupo de investigación Hiberus (2003-2019) y miembro del Instituto de Patrimonio y Humanidades (IPH). Dirección de correo electrónico: jlcrral@unizar.es. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-4494-9213>.

shas de la Persia sasánida o los emperadores de Roma se representaban en estatuas y en monedas con corona como símbolo de la ostentación de su poder.

En los primeros siglos de la Edad Media, la corona continuó siendo el emblema de la realeza y el imperio; para los bizantinos era la corona el objeto que hacía al rey, continuando la tradición icónica del Bajo Imperio romano.

A partir del siglo VI estos signos mantuvieron su carácter simbólico e incluso lo aumentaron, aunque la instauración en el Occidente europeo de los reinos germánicos, el triunfo de la Iglesia cristiana y la indefinición en la transmisión de la legitimidad monárquica entre los siglos VI y VIII, con la pugna entre monarquía hereditaria y electiva modificó ciertos aspectos del simbolismo de la corona. Así, en la legislación del monarca visigodo Recesvinto, ya se manifestaba con rotundidad que eran *los derechos y no las personas lo que hacían al rey*.<sup>1</sup>

Con la proclamación de Carlomagno como emperador se trató de recuperar viejas ceremonias de solemnes coronaciones, pero con una nueva imagen en la que la Iglesia ocupaba un papel protagonista. El rey de los francos fue coronado emperador de Occidente el día de Navidad del año 800 por el papa León III en Roma,<sup>2</sup> instaurando un nuevo rito que se aplicaría en adelante con otros soberanos cristianos.

El Imperio se identificó con la Iglesia, pero en los nuevos reinos que se fueron construyendo en la cristiandad la corona dejó de ser un símbolo inseparable de la realeza, y menos todavía en el joven reino de Aragón, instaurado a mediados del siglo XI, cuyos primeros reyes se representaron sin corona en las monedas que acuñaron [fig. 1].<sup>3</sup>

Tampoco aparece coronado en sus monedas el rey Alfonso II (1164-1196), primer soberano en el que confluían los derechos dinásticos del reino de Aragón y del condado de Barcelona,<sup>4</sup> aunque sí tenía una corona que lucía en ocasiones relevantes y que dejó en herencia al monasterio de Poblet.<sup>5</sup> Desde luego, aunque estos primeros reyes poseían una corona,

<sup>1</sup> *Decretales pseudoisidoriana*, en *Patrología Latina*, vol. LXXXIV, p. 392, y KANTOROWICZ, E. K., *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Akal, 2012, p. 89.

<sup>2</sup> DELGADO VALERO, C., “La corona como insignia de poder durante la Edad Media”, *Anales de Historia del Arte*, 4, 1994, p. 751.

<sup>3</sup> Ramiro I no acuñó monedas, pero Sancho Ramírez, Pedro I y Alfonso I lo hicieron, con sus cabezas sin coronar.

<sup>4</sup> CORRAL LAFUENTE, J. L., *La Corona de Aragón. Manipulación, mito e historia*, Zaragoza, Doce Robles, 2014.

<sup>5</sup> *Regiam coronam meam* [SÁNCHEZ CASABÓN, A. I., *Alfonso II Rey de Aragón, Conde de Barcelona y Marqués de Provenza. Documentos (1162-1196)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995, doc. 628, p. 809].

no les importaba aparecer sin ella en sus monedas, donde siempre son citados con el título de *rex*.

Con la corona como objeto en un segundo plano, no se hacía necesaria una ceremonia de coronación. El heredero del trono de Aragón se convertía en rey a la muerte de su antecesor, y lo hacía por derecho de sangre, sin un ritual específico, al menos que haya trascendido,<sup>6</sup> para ser legitimado; pero en algunos reinos cristianos de Europa, siguiendo el ejemplo del Sacro Imperio, se hizo habitual que los reyes recibieran la corona en una ceremonia solemne en la que la Iglesia jugaba un papel muy importante, como ocurrió con Enrique II de Inglaterra en 1154 en la abadía de Westminster.

A comienzos del siglo XIII la situación cambió sustancialmente, también en Aragón. Durante el primer siglo y medio de historia de este reino ninguno de sus soberanos había sentido la necesidad de ser coronado, pero en el año 1204 se produjo un cambio crucial.

Pedro II el Católico gobernaba la Corona de Aragón y además era señor feudal de varios dominios en el sur de la actual Francia, donde había bastantes cátaros, considerados herejes por la Iglesia romana. Se había casado en junio de 1204 con María de Montpellier, heredera de este pequeño pero rico señorío, clave para el control de los territorios feudales del Midi, desde Carcasona y Toulouse hasta la Provenza. El matrimonio no fue bien desde el primer momento, pero Pedro II necesitaba la connivencia del papado para mantener el control de los señoríos occitanos; de modo que el rey de Aragón se presentó en Roma mediado el otoño de 1204, a fin de congraciarse con la Iglesia y acercarse al papa.

La coronación de Pedro II, primer rey de Aragón en hacerlo —al menos que esté documentado—, se celebró en medio de un juego de estrategias políticas y simbólicas que condicionarán los posteriores rituales de coronación de los monarcas aragoneses. El Católico recibió la corona real el 3 de noviembre de 1204 en la iglesia de San Pancracio, un modesto mo-



Fig. 1. Dinero de Alfonso I de Aragón, sin corona. Imagen: Wordpress.com.

<sup>6</sup> PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes de Aragón, 1204-1410*, Valencia, Anubar, 1975, p. 21, y UTRILLA UTRILLA, J. F., "La coronación de los reyes de Aragón", *Aragón, SIPA*, 374, 2013, p. 40.



Fig. 2. Dinero de Pedro II de Aragón, coronado. Imagen: Wikimedia Commons.

nasterio extramuros de la ciudad de Roma [fig. 2].<sup>7</sup>

Desde el año 1068 los reyes de Aragón eran vasallos de San Pedro, es decir, de la Santa Sede. Ese año viajó a Roma Sancho Ramírez con la intención de que el papa le concediera el título de *rex*, pues su padre Ramiro I nunca lo había usado.<sup>8</sup> A cambio de la certificación de la realeza plena por Urbano II, Sancho Ramírez sometió a su reino a vasallaje y se comprometió a abonar 500 mancusos de oro anuales a la Iglesia romana como pago por el feudo real, lo que no cumplió; tampoco lo hicieron sus sucesores que

ni pagaron el tributo feudal ni acudieron a Roma a ser coronados por el papa.

Una vez recibida la corona en San Pancrancio de manos del obispo de Porto, además de la dalmática, el cetro y la mitra, Pedro II se dirigió a la basílica de San Pedro, donde el papa Inocencio III lo armó caballero,<sup>9</sup> ceremonial que repetirán en los dos siglos siguientes varios reyes de Aragón. Pedro II había conseguido su propósito, pero había cedido, al menos simbólicamente, parte de su soberanía al papa.

Si esa ceremonia se institucionalizaba, cada vez que un rey de Aragón fuera proclamado, debería ir a Roma a ser coronado; pero al año siguiente, el 15 de julio de 1205, Inocencio III emitía una bula por la cual concedía permiso a los reyes de Aragón para ser coronados en la ciudad de Zaragoza, eso sí, en presencia de la más alta autoridad eclesiástica de todos sus dominios, que a comienzos del siglo XIII era el arzobispo de Tarragona, lo que se hacía extensible también a las reinas desde 1206.<sup>10</sup>

<sup>7</sup> BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos reyes de Aragón* (Zaragoza, Diego Dormer, 1641), Zaragoza, El Justicia de Aragón, 2006, pp. 1-16.

<sup>8</sup> CORRAL LAFUENTE, J. L., *Aragón. Reyes, reino y Corona*, Zaragoza, Prensa Diaria Aragonesa, 2014.

<sup>9</sup> PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>10</sup> *Concedemos a ti y a tus sucesores la gracia de recibir la corona en Zaragoza por el arzobispo de Tarragona* (PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, p. 301, doc. III). Fueron coronadas las reinas Constanza de Sicilia por Pedro III, Sibila de Forciá por Pedro IV, María de Luna por Martín I y Leonor de Albuquerque por Fernando I (BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, pp. 153-187).



Fig. 3. La reina Petronila de Aragón y el conde Ramón Berenguer IV de Barcelona. Detalle del Rollo de Poblet, principios del siglo XIV. Archivo de Poblet (Tarragona). Imagen: Wikimedia Commons.

La corona no hacía al rey de Aragón, pero desde 1204 lo distinguía y lo señalaba como tal en las representaciones iconográficas. Así, Pedro II aparece coronado en sus monedas y desde entonces todos los reyes aragoneses serán representados en sus acuñaciones, pinturas y esculturas con una corona sobre la cabeza. En el manuscrito miniado del siglo XIV conocido como *Rollo de Poblet*, que recoge una genealogía de la casa real de Aragón y la condal de Barcelona, los reyes aragoneses aparecen coronados, en tanto los condes barceloneses muestran la cabeza descubierta. En la unión dinástica de Petronila y Ramón Berenguer IV, la reina porta corona —que corresponde a la época en que se pintó la miniatura y no al siglo XII—, orbe y cetro, en tanto el conde Ramón Berenguer IV no lleva corona, solo el orbe y el anillo. La corona no hacía al rey, pero lo significaba [fig. 3].

Lo acordado en Roma en 1204 era meramente simbólico, pero los símbolos eran esenciales en el Medievo. El papa había conseguido que el rey de Aragón consintiera en mostrar una cierta subordinación ante la Iglesia, que se convertía, como ya había ocurrido en la visita de Sancho Ramírez a Roma, en la legitimadora de la autoridad real aragonesa.



Fig. 4. Dinero de Jaime I de Aragón, coronado. Imagen: Subastas Numismática Cayon, Madrid.

Pedro II regresó a sus dominios y dispuso que su cuerpo fuera enterrado en el monasterio real de Sijena, fundado por su madre la reina doña Sancha, y que allí se depositaran las insignias de su coronación. Desde entonces, la monarquía aragonesa pugnó por *escapar de la subordinación eclesiástica*.<sup>11</sup> Desde luego no podía romper drásticamente con Roma, pues hubiera supuesto un grave contratiempo e incluso llegar a la condena al entredicho, lo que hubiera provocado la prohibición a los reyes para asistir a ceremonias religiosas, recibir los sacramentos y ser enterrados en sagrado, con todo lo que esos castigos suponían.

Jaime I el Conquistador, el segundo en aparecer coronado en sus monedas, no se mostró interesado en recibir la corona en una ceremonia solemne en la que se cumpliera el documento papal de 1205. En su largo reinado de sesenta y tres años nunca fue coronado, aunque hacia el final del mismo lo intentó [fig. 4]. Fue en 1274 cuando el papa Gregorio X convocó un concilio en la ciudad de Lyon para poner en marcha una cruzada que intentara salvar los últimos reductos cristianos que quedaban en Tierra Santa. El propio Jaime I había organizado su cruzada en 1269, que fracasó por una terrible tormenta que desbarató la flota cuando ya navegaba hacia Oriente, y el rey Luis IX de Francia también había fracasado en su cruzada al año siguiente, en la que además perdió la vida.

Jaime I viajó a Lyon a finales de abril de 1274; tras recaudar dinero en varias ciudades,<sup>12</sup> salió de Barcelona y llegó a Lyon el primer día de mayo. El rey y el papa se entrevistaron durante el concilio. Lo cuenta el propio rey de Aragón en su autobiografía, en un relato directo y preciso: Gregorio X lo recibió el día 2 de mayo y ambos celebraron una larga vista; Jaime I le pidió al papa que lo coronara solemnemente en una de las sesiones del concilio y a cambio se comprometía a acudir a la cruzada con mil caballeros; Gregorio le respondió que lo haría *al día siguiente con gusto*, pero le instó a

<sup>11</sup> PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, p. 18.

<sup>12</sup> El baile de Zaragoza recaudó 10.000 sueldos jaqueses y su escribano 6.000 para la coronación (HUICI MIRANDA, A. y CABANES, M. D., *Documentos de Jaime I de Aragón*, vol. VI, Valencia, Anubar, 1976, docs. 2077 y 2081).

que antes de celebrar la ceremonia debía pagar la deuda que los reyes de Aragón, desde Sancho Ramírez hasta Pedro II, habían contraído con el papado, incluidas las 250 mazmudinas yusifíes —dinares de oro islámicos— de la coronación de Pedro II, que seguían pendientes de abonar; el aragonés accedió, quizá como engaño, a pagar al papa la cantidad de cuarenta mil monedas de oro, pero el papa no se fío de las promesas y decidió no coronarlo; Jaime I se quejó de la respuesta del papa; estaba tan convencido de que Gregorio X lo iba a coronar que incluso se había llevado a Lyon su propia corona: *Nos teníamos ya la corona que nos tenía que colocar en la cabeza (...), que valía más de cien mil sueldos torneses, pues estaba labrada de oro y piedras preciosas.*<sup>13</sup> El tira y afloja de los dos soberanos acabó sin acuerdo. Jaime I no tenía la menor intención de pagar cantidad alguna y abandonó el concilio, aclarando en su libro que *preferiríamos regresar sin coronar que coronados*, y volvió a sus dominios sin coronación y sin haber rendido vasallaje al papa.<sup>14</sup>

Sus sucesores sí se coronaron, ya en Zaragoza, pero ninguno de ellos aceptó que le colocara la corona el arzobispo de Tarragona, pues de ninguna manera querían transmitir a sus súbditos una imagen de sumisión a la Iglesia.

Pedro III se presentó en la catedral de la Seo de Zaragoza para su coronación los días 15 y 16 de noviembre de 1276, pero cuando llegó el momento culminante de colocarse la corona sobre la cabeza los relatos se contradicen; según Blancas lo hizo el arzobispo tarraconense, aunque según algunas versiones fue el obispo de Zaragoza, en tanto otros suponen que fue el rey quien se colocó la corona con sus propias manos tras recibirla del arzobispo.<sup>15</sup>

La autocoronación no fue algo exclusivo de los reyes de Aragón. Este ritual era habitual en los reinos cristianos hispanos, quienes, al menos desde Fernando I de León, eran ellos mismos los que llevaban a cabo ese gesto.<sup>16</sup> En cierto modo, y como se ha señalado en alguna ocasión, la autocoronación implicaba una especie de autoinvestidura<sup>17</sup> y en el caso de los reyes de Aragón se convertía además en un acto transgresor. Siguiendo el ejemplo de su padre, Alfonso III no consintió que un eclesiástico le colocase la

<sup>13</sup> SOLDEVILA, F., *Les Quatre Grans Croniques. Libre dels feyts*, Barcelona, Selecta, 1971, capítulos 532 a 538.

<sup>14</sup> PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, pp. 79-81.

<sup>15</sup> BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, p. 16, y PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, p. 104, y p. 303.

<sup>16</sup> SERRANO COLL, M., “Los signos del poder: regalías como complemento a los emblemas de uso inmediato”, *Emblemata*, 17, 2011, p. 132.

<sup>17</sup> AURELL, J., “La práctica de las autocoronaciones reales”, en *El acceso al trono: concepción y ritualización*, *XLIII Semana de Estudios Medievales*, Estella, Gobierno de Navarra, 2016, p. 289, y AURELL, J. y SERRANO-COLL, M., “The Self-Coronation of Peter the Ceremonious (1336). Historical, Liturgical and Iconographical Representations”, *Speculum*, 1, 2014, pp. 66-95, espec. pp. 84-94.

corona en la cabeza cuando se celebró el ritual en Zaragoza el 28 de marzo de 1286. La Iglesia podía entender que este gesto era un menosprecio a su poder y a sus privilegios, pero Alfonso III dejó claro que él aceptaba la corona por el hecho de ser el heredero legítimo, y que *no recibía, ni entendía recibir la Corona de mano del Obispo en nombre de la Iglesia Romana, ni por ella, ni al menos contra ella.*<sup>18</sup>

En el siglo XIV la práctica de la autocoronación estaba generalizada,<sup>19</sup> y nadie lo consideraba un acto extraño. Es más, la autonomía de los soberanos en este ritual fue ganando un espacio cada vez más determinante, incluso cuando el arzobispo de Zaragoza sustituyó en 1318 al de Tarragona como máxima autoridad eclesiástica, al ser elevada Zaragoza a sede metropolitana. Desde las coronaciones de Jaime II en septiembre de 1291, de la que apenas hay datos,<sup>20</sup> y de Alfonso IV en 1328, los reyes de Aragón quisieron dar a entender que el acto de recibir la corona no constituía una prerrogativa o una concesión de la Iglesia, sino un derecho que ejercían por ser herederos del linaje de los Aragón y que era un honor que les correspondía; y así lo expresaban al llevar a la coronación un pabellón con la señal del rey de Aragón.<sup>21</sup>

Pese a que la costumbre de la autocoronación ya estaba instalada, la Iglesia nunca renunció a que fuera el arzobispo de Zaragoza quien llevara a cabo con sus propias manos la imposición. Con Alfonso IV había quedado claro que era el rey quien se colocaba a sí mismo la corona, pero el arzobispo de Zaragoza intervino recolocándola y ajustándola junto al infante don Pedro.<sup>22</sup> Es probable que la injerencia del arzobispo y del infante sentara mal al rey don Alfonso, porque cuando le tocó el turno de la coronación a su hijo y heredero Pedro IV, la situación se tornó muy tensa. Lo que ocurrió en 1336 con motivo de los actos de coronación del Ceremonioso fue propia de una pantomima. El joven rey sólo tenía 16 años de edad, era muy menudo de cuerpo y débil, pero desde pequeño había demostrado una firmeza de carácter y un ánimo extraordinarios, y el arzobispo de Zara-

<sup>18</sup> BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, p. 21, y PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, p. 310, doc. XIII.

<sup>19</sup> AURELL, J., "La práctica de las autocoronaciones...", *op. cit.*, p. 291.

<sup>20</sup> BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, p. 24, y ORCÁSTEGUI GROS, C., "La coronación de los Reyes de Aragón. Evolución político-ideológica y ritual", en *Homenaje a don Antonio Durán Gudiol*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1995, pp. 633-648.

<sup>21</sup> La coronación de Alfonso IV en La Seo de Zaragoza el 3 abril 1328, domingo de Pascua, constituyó un gran espectáculo que describen la *Crónica* de Ramón Muntaner, los *Anales* de Jerónimo Zurita y la obra de Blancas, *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, pp. 26-51, y RUIZ, T. F., *The King Travels. Festive Traditions in Late Medieval and Early Modern Spain*, Princeton, Princeton University Press, 2012.

<sup>22</sup> SOLDEVILA, F., *Les Quatre Grans...*, *op. cit.*; MUNTANER, *Crónica*, capítulo 27, y AURELL, J., "La práctica de las autocoronaciones...", *op. cit.*, p. 290, y p. 293.

goza era Pedro López de Luna, que desde 1318 ocupaba el solio arzobispal, siendo además el primer prelado zaragozano que ejercía el cargo metropolitano al independizarse de Tarragona; miembro de la familia nobiliaria más poderosa del reino, era consejero real desde el reinado de Jaime II y llevaba dieciocho años en el cargo.

A comienzos de abril de 1336 el rey y el arzobispo se enzarzaron en una tremenda discusión sobre cómo se iba a proceder en la coronación. La controversia fue de tal calibre que la ceremonia preparada en la catedral zaragozana de la Seo tuvo que retrasarse una semana al no ponerse de acuerdo.<sup>23</sup> El arzobispo insistía en que el papa le había concedido la prerrogativa de coronar con sus manos a los reyes aragoneses, pero el joven rey se negaba —quizá recordaba lo sucedido unos años antes con su padre— e insistía en ser él mismo quien se colocara la corona sobre sus sienes.

El propio rey cuenta en su crónica el encontronazo que tuvo con el arzobispo en la sacristía de la catedral el día 14 de abril, momentos antes del ritual. Tras un acalorado y tenso debate —el relato que hace el propio Pedro IV es obviamente subjetivo—, el monarca se salió con la suya y el arzobispo cedió; no sólo renunció a colocarle la corona con sus manos, sino que también aceptó no tocar siquiera la corona y no reajustársela una vez colocada.<sup>24</sup>

El rey había ganado en el contencioso con el arzobispo y, para que la costumbre se convirtiera en norma, en 1353 ordenó que se redactara un memorial que sirviera de guía y protocolo para sucesivas coronaciones. Así se hizo con Juan I en 1383,<sup>25</sup> pese a que este rey no mostró el menor entusiasmo por ese rito, pues prefería estar de caza;<sup>26</sup> y tampoco con su hermano Martín I, que se coronó el 13 de abril de 1399: *El Rey, hecho esto, quando fue el tiempo acercose al mismo altar, y tomo de sobre el la Corona, y pusosela en la cabeza: después tomó el Ceptro, y pusoselo en la mano derecha, y el Pomo en la izquierda.*<sup>27</sup> En ambos casos las ceremonias debieron de ser deslucidas, o al menos los cronistas no las relatan con tanta profusión de detalles como en situaciones anteriores.

<sup>23</sup> PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, pp. 241-242.

<sup>24</sup> SOLDEVILA, F., *Les Quatre Grans...*, *op. cit.*; *Crónica de En Pere*, pp. 1.025-1.026; PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, p. 243, y AURELL, J., “La práctica de las autocoronaciones...”, *op. cit.*, p. 298.

<sup>25</sup> BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, p. 62, y PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, p. 270.

<sup>26</sup> UTRILLA UTRILLA, J. F., “La coronación de los reyes...”, *op. cit.*, p. 43.

<sup>27</sup> BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, p. 63, y PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, p. 273.

Con la nueva dinastía de los Trastámaras, instaurada en Aragón tras la elección de Fernando I en 1412 en Caspe, se mantuvo el ceremonial, pero solo con ese primer soberano, que fue el último rey de Aragón en coronarse solemnemente; lo hizo en enero de 1414: *Llegose el Rey al Altar, y tomó de sobre el una Corona de estraña riqueza, que se avia hecho labrar para aquel caso, y pusosela en la cabeça.*<sup>28</sup> Esa fue la última vez. Los reyes siguientes no celebraron fastuosos rituales; Alfonso V, Juan II y Fernando II se limitaron a una ceremonia sencilla y a jurar los fueros; nada más.<sup>29</sup>

### Las manifestaciones simbólicas

Jaime I no le otorgó a la coronación la menor importancia, pues no mostró interés en ser coronado hasta el final de su vida; pero otros, como Pedro II y Alfonso IV, uno en Roma y otro en Zaragoza, consideraron que la coronación tenía un valor simbólico extraordinario, y así lo certificó Pedro IV dictando todo un preciso ritual y un elaborado protocolo.

Los ritos para distinguir a los monarcas del resto de la nobleza con ceremonias espectaculares y públicas ya existían en la Antigüedad, pero decayeron en los primeros siglos de la Edad Media en Occidente, entre otras cosas por la atomización del poder y por el carácter de las monarquías germánicas, en las cuales el rey se consideraba un *primus inter pares*, cuyo poder procedía de haber sido elegido de entre un grupo de nobles iguales.<sup>30</sup>

Pero desde el siglo XI, con la consolidación de las monarquías feudales y la creación de los grandes linajes, la figura del rey adquiere una nueva dimensión que necesita de manifestaciones contundentes para demostrar su poder. Fernando I de León recibió la corona, la unción real, la espada y el cetro el 22 de junio de 1038, y su bisnieto Alfonso VII lo hizo en la catedral de León el 10 de marzo de 1126, para volver a ser coronado como

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 85. SARASA SÁNCHEZ, E., *Fernando I y Zaragoza. La coronación de 1414*, Zaragoza, Ayuntamiento, Comisión de Cultura, 1977.

<sup>29</sup> Los protocolos de la coronación de los reyes de Aragón en *Libro de la coronación de Castilla y Aragón*, Biblioteca de El Escorial, ms. III.3, incluye el protocolo de coronación de los reyes de Aragón de Pedro III (1276-1285) con ocho miniaturas. *Ordinacion feyta por el muyt alto e muyt excellent princep e senyor don Pedro Tercero rey d'Aragon de la manera como los reyes d'Aragon se faran consagrar e ellos mismos se coronaran*: manuscrito R. 14.425, m. 37.6, ca. 1375, primera página, en la Fundación Lázaro Galdiano, con encuadernación mudéjar, perteneció a Marcial Lorbés de Aragón, y se hicieron tres copias para Zaragoza, Barcelona y Valencia. VICENTE DE VERA, E. (coord.), *Ceremonial de la consagración y coronación de los reyes de Aragón. Ms. R. 14.452 de la Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano*, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, D.L. 1991-1992 (2 vols.). Cantoral grande que contiene el *Misal Caesaraugustano*, siglos XIII-XIV. *Pontifical Caesarugustano*. Compilación de Pedro IV en 1353. BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, pp. 117-152. SCHENA, O., *Le leggi palatine di Pietro IV d'Aragona*, Cagliari, CNR-Istituto sui rapporti italo-iberici, 1983.

<sup>30</sup> Como se indicaba en los legendarios Fueros de Sobrarbe: *Nos, que cada uno somos igual que vos, y entre todos mas que vos (...)*.

*Imperator totius Hispaniae* el 16 de mayo de 1135 tras la muerte de Alfonso I de Aragón.<sup>31</sup>

En estas manifestaciones los símbolos jugaban un papel decisivo. Entre ellas, la más importante pasó a ser la ceremonia de la coronación, por la cual el poder real se encarnaba en la persona del monarca coronado.<sup>32</sup> Fue Pedro II quien en 1204 entendió la importancia de ese rito, y a partir de ese momento, con la excepción de Jaime I, todos los reyes de Aragón lo llevaron a la práctica. La parte del ceremonial que se realizaba en la calle durante el desfile triunfal desde el palacio de la Aljafería a la catedral de la Seo tenía muchas cosas en común con las entradas reales en las ciudades, que desde mediados del siglo XIV se habían convertido en toda Europa en una verdadera manifestación de exaltación de la realeza para que los súbditos pudieran ver *el rostro sagrado de su soberano*, a veces como un espectáculo en el que no faltaban la exageración y el exotismo.<sup>33</sup>

En las ordenanzas de 1353, tras la ceremonia en la Seo el rey debía cabalgar sobre un caballo blanco con las gualdrapas rojas y amarillas de *nuestra senyal real*.<sup>34</sup> Tras la coronación, el rey procedía a jurar los Fueros de Aragón y a recibir el juramento de fidelidad de los aragoneses, que exigían ser los primeros de todos sus dominios, pues alegaban que Aragón era el reino más antiguo de la Corona.<sup>35</sup> Después, los reyes se dirigían a Cataluña para jurar los *Usatges* de Barcelona, casi siempre lo hicieron en esta ciudad, aunque alguna vez fue en Lérida, y luego a la ciudad de Valencia para jurar los *Furs* de ese reino.

Para ser rey de Aragón había que cumplir varios requisitos imprescindibles: haber nacido de matrimonio legítimo, y por tanto celebrado canónicamente, jurar los fueros de Aragón y ser jurado como soberano por las Cortes.

<sup>31</sup> BANGO TORVISO, I. G., “*Hunctus rex*. El imaginario de la unción de los reyes en la España de los siglos VI al XI”, *CuPAUAM*, 37-38, 2011-2012, p. 764.

<sup>32</sup> El rey era considerado humano por naturaleza y divino por gracia (KANTOROWICZ, E. K., *Los dos cuerpos...*, *op. cit.*, pp. 87-88, al que sigue AURELL, J., “La práctica de las autocoronaciones...”, *op. cit.*, p. 288). CASAL MACEIRAS, O., “La construcción de la imagen pública del poder a través del protocolo y el ceremonial. Referencias históricas”, *Historia y Comunicación Social*, 18, 2013, pp. 761-775.

<sup>33</sup> Fueron espectaculares las entradas de los reyes franceses Luis XI en Toulouse en 1463 y Carlos VII en Vienne en 1490 (GUENÉE, B. et LEHOUX, F., *Les entrées royales françaises de 1328 à 1515*, París, C.N.R.S., 1968, p. 171, y p. 306). El rey Fernando el Católico entró en Toledo en noviembre de 1480 con un elefante que había llevado desde Barcelona [CHAMORRO ESTEBAN, A., *Ceremonial monárquico y rituales cívicos. Las visitas reales a Barcelona desde el siglo XV al XVII* (tesis doctoral), Departament d’Història Moderna de la Universitat de Barcelona, 2013, p. 22].

<sup>34</sup> BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, pp. 117-152; BOHIGAS Y BALAGUER, P., “El manuscrit Phillips de les ordinations del rei en Pere”, *Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad*, 12, 1963, pp. 101-111, y GIMENO BLAY, F. M., GONZALBO, D. y TRENCHS, J. (eds.), *Ordinacions de la Casa i Cort de Pere el Ceremoniós*, Valencia, Josep Trenchs, 2009.

<sup>35</sup> ZURITA, J., *Anales de la Corona de Aragón*, vol. IV, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1980, cap. II.

El acto de la coronación en Zaragoza entrañaba un ceremonial complejo. Aunque existen algunas variantes en cada reinado, el ritual consistía en los siguientes pasos:

1º El rey debía presentarse limpio de cuerpo, como si se tratara de una especie de ceremonia bautismal exclusiva, de manera que se daba un baño antes de acudir a la catedral.

2º Desde el palacio de la Aljafería se realizaba un desfile triunfal a lo largo de un recorrido de unos dos kilómetros, en medio de gentes que gritaban “¡Aragón Aragón!”, quién sabe si alentados por agentes de la propia monarquía. Entraba en el recinto amurallado exterior de ladrillo por el barrio de San Pablo, atravesaba el mercado y por la puerta de Toledo, ya en el recinto interior de piedra, se dirigía por la calle Mayor hacia la catedral del Salvador. Amenizaba el desfile toda una comparsa de figurantes perfectamente ordenados. A la cabeza formaban decenas de individuos que iban a ser armados caballeros;<sup>36</sup> tras ellos, un caballero portaba la espada del rey, símbolo de su poder y autoridad, varios carros triunfales con cirios encendidos, pues el desfile comenzaba al atardecer, el rey a caballo, vestido con ropajes lujosísimos, y tras el monarca se alineaban dos filas de jinetes emparejados, los pajes que portaban las armas de los caballeros, carros y carretas, una banda de trompetas, atabales, ministriles y dulzainas y al final decenas de caballeros disfrazados de salvajes. La procesión se realizaba al atardecer, entre luces de velas, cirios y antorchas.

3º Una vez en la catedral, el rey velaba armas durante toda la noche, y al día siguiente el arzobispo de Zaragoza celebraba una misa solemne, a mitad de la cual entregaba la espada y las espuelas de caballero al monarca, que las recibía y blandía la espada tres veces antes de ser ungido con el santo óleo.

4º Finalizada la misa, el soberano cogía la corona, que había permanecido depositada encima del altar, y se la colocaba él mismo sobre su cabeza. En caso de que estuviera casado, coronaba a su esposa la reina.

5º Ya con la corona puesta, se cantaba un *Te Deum*, finalizado el cual el rey tomaba el resto de las insignias reales: el cetro de oro en la mano izquierda y el pomo en la derecha, ofrecía su corona a Dios y él mismo armaba a los caballeros con la corona puesta.<sup>37</sup>

---

<sup>36</sup> El cronista Muntaner (SOLDEVILA, F., *Les Quatre Grans...*, *op. cit.*) refiere que en el desfile de la coronación de Alfonso IV participaron hasta doscientos cincuenta hombres que iban a ser armados caballeros, lo que parece una exageración.

<sup>37</sup> El memorial se aprobó en 1353 y consistía en todo un compendio de ritos protocolarios que incluía fiestas, desfiles y el propio ceremonial en la Seo. En el *Ceremonial del Pontifical* de Huesca el protocolo incluía una misa solemne, la bendición al rey, palabras del arzobispo, imposición de la corona, bendición del anillo, entrega por el arzobispo al rey del pomo, el rey se sentaba en el trono y recibía la unción con el santo óleo en la cabeza, se cantaba un *Te Deum laudamus* y se leía el evangelio

La comitiva regresaba al palacio de la Aljafería, donde se celebraban banquetes y festejos para los nobles, que se extendían para el resto de la gente por toda la ciudad con bailes, torneos, juegos de bohordos y de tablas y lanceado de toros.

En algunos casos las coronaciones fueron especialmente solemnes y coloridas, como ocurrió con las de Alfonso IV o Fernando I, en tanto otras carecieron de brillo escenográfico, como las de Juan I o Martín I. Los cronistas recogieron la fastuosidad de algunas coronaciones, aunque exagerando las cifras de asistentes.<sup>38</sup>

Desde luego no era imprescindible coronarse para ejercer la realeza y ser considerado rey legítimo, incluso se ha llegado a afirmar que *el acto de la coronación carece de importancia en la transmisión del poder en Aragón*<sup>39</sup> y que *los símbolos reales no tuvieron en la península Ibérica tanta importancia como en el resto de la cristiandad medieval*,<sup>40</sup> pero los aragoneses le recordaron a Alfonso III que no usara el título real hasta que no recibiera la corona en Zaragoza (considero que se referían a que debía jurar los fueros), lo que hizo el 15 de abril de 1286 a la vez que proclamaba que el título de rey de Aragón era el principal de los de su Corona, en referencia al conjunto de todos sus dominios.

Pese a la menor importancia que los signos tuvieron en el Aragón medieval, en la Edad Media los símbolos y los ritos representaban y legitimaban el poder,<sup>41</sup> y en la coronación no faltaron los objetos que encarnaban las virtudes, cualidades, atributos y autoridad que se le otorgaban al rey de Aragón en esa ceremonia.

La corona era el objeto más relevante. No dejaba de ser un aro de metal, más o menos espectacular y lujoso, pero además algunas de ellas solían llevar reliquias y talismanes.<sup>42</sup> Las coronas eran de metal noble, de oro o

(PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, pp. 317-321, doc. XXI). PÉREZ MONZÓN, O., "Ceremonias regias en la Castilla medieval. A propósito del llamado Libro de la Coronación de los reyes de Castilla y de Aragón", *Archivo Español de Arte*, 332, 2010, pp. 322-323. En la coronación de Alfonso XI en 1332 se celebró una ceremonia previa para ser armado caballero en Compostela por un autómeta, que se llevó hasta Burgos días más tarde para ser coronado en las Huelgas de Burgos (CARRERO SANTAMARÍA, E., "Por las huelgas de los juglares. Alfonso XI de Compostela a Burgos, siguiendo el Libro de la Coronación de los reyes de Castilla", *Medievalia*, 15, 2012, p. 144). *Ceremonial de la consagración...*, *op. cit.*

<sup>38</sup> El cronista Muntaner vuelve a exagerar al señalar que a la coronación de Alfonso IV asistieron hasta treinta mil hombres a caballo.

<sup>39</sup> DELGADO VALERO, C., "La corona como insignia...", *op. cit.*, p. 752.

<sup>40</sup> SCHRAMM, P. E., *Las insignias de la realeza en la Edad Media española*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960, p. 63, y SERRANO COLL, M., "Los signos del poder...", *op. cit.*, p. 130.

<sup>41</sup> BAK, J. M. (ed.), *Coronations: Medieval and Early Modern Monarchic Ritual*, Berkeley, University of California Press, 2022, y NIETO SORIA, J. M., *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, Nerea, 1993.

<sup>42</sup> Los reyes de Francia se coronaban en la catedral de Reims con una corona en la que se incluía una espina de la corona de espinas de Cristo (KANTOROWICZ, E. K., *Los dos cuerpos...*, *op. cit.*, p. 341).

de plata sobredorada, y llevaban engastadas piedras preciosas (turquesas, rubíes, zafiros, esmeraldas, perlas).<sup>43</sup> No eran el símbolo del reino, como ocurre con la corona de Inglaterra, sino de cada uno de los reyes, que se hicieron fabricar una propia, aunque algunos usaron la del padre, de ahí que fueran un símbolo de la legitimación del poder que conferían a su propietario.<sup>44</sup> Eran redondas para ser ajustadas a la forma del cráneo, pero también por el simbolismo que consideraba que la forma circular “no tiene principio ni fin”, y se colocaban sobre la cabeza porque es “donde radica el entendimiento”,<sup>45</sup> pero, en realidad, no dejaba de ser un objeto más del tesoro real y no algo sagrado, pues el propio Pedro IV empeñó la suya para hacer frente como aval al préstamo de unos judíos que no pudo devolver; de esa corona nunca más se supo.

El cetro o vara significaba la justicia y era otro símbolo de autoridad;<sup>46</sup> el cetro de Alfonso IV era *de oro de tres palmos de largo, un rubí en la cabeza, el más bello que se ha visto y tan grueso como un huevo de gallina*<sup>47</sup> y el pomo, el poder en su mano para defender sus reinos.

La espada, además de servir para la investidura como caballero, constituía el símbolo de la fuerza y la defensa del reino que competía al rey, al cual se le imponía una dalmática en la que se bordaban las armas reales de los Aragón, las barras rojas y amarillas de sus colores familiares.<sup>48</sup>

### La coronación: una ceremonia propicia para el arte efímero

Las manifestaciones de arte efímero apenas suelen tener trascendencia en la Historia del Arte, a pesar de que en la Edad Media proliferaron y cumplieron un papel muy importante, sobre todo en las ciudades y con motivo de grandes celebraciones, conmemoraciones y fiestas, las llamadas “alegrías”, y, desde luego, las coronaciones de los reyes aragoneses fueron ocasiones propicias para este tipo de manifestaciones. Las coronaciones

---

<sup>43</sup> La corona de Alfonso IV *era riquísima, toda de oro, llena de piedra preciosas, rubíes, balaxes, zafires, turquesas y esmeraldas, y que delante tenía un carbunco de grande estima, toda ella dize sería de un palmo en alto, y que tenía diez y seis florecillas, o mureznos, que había en ellos algunas perlas muy gruesas, casi como huevos de paloma, y así toda ella se estimaba en cincuenta mil escudos* (BLANCAS Y TOMÁS, J., *Coronaciones de los serenísimos...*, *op. cit.*, p. 38).

<sup>44</sup> AURELL, J., “La práctica de las autocoronaciones...”, *op. cit.*, p. 302.

<sup>45</sup> SOLDEVILA, F., *Les Quatre Grans...*, *op. cit.*, y MUNTANER, *Crónica*, capítulo 216.

<sup>46</sup> SERRANO COLL, M., “Los signos del poder...”, *op. cit.*, p. 136.

<sup>47</sup> SOLDEVILA, F., *Les Quatre Grans...*, *op. cit.*, y MUNTANER, *Crónica*, capítulo 217, n° 26.

<sup>48</sup> ARCO, R. DEL, *Sepulcros de la Casa Real de Aragón*, Madrid, Diana, Artes gráficas, 1945, p. 288, y *Ordo coronationis regis Aragonum* (DURÁN GUDIOL, A., “El rito de la coronación del rey de Aragón”, *Argensola*, 103, 1989, pp. 17-40).

conllevaran gastos muy considerables, hasta tal punto que se hacía necesario recaudar un impuesto específico para afrontar los gastos.<sup>49</sup>

Las manifestaciones artísticas más evidentes eran todas las necesarias para desplegar la parafernalia del desfile triunfal desde la Aljafería a la Seo. No en vano, además de la fiesta, el espectáculo y el símbolo, una coronación ofrecía un marco de interés para el arte, una simbiosis de lo que ocurría en las entradas reales y en los desfiles y procesiones.<sup>50</sup>

Las obras artísticas efímeras o móviles comenzaban a instalarse en el palacio de la Aljafería, que se engalanaba con alfombras y tapices, que se han perdido, aunque se pueden reconstruir a partir de la pintura sobre tabla o sobre muros, además de los objetos de metal elaborados por orfebres y escultores.<sup>51</sup> Para las fiestas de la coronación de Martín I se pintó el techo de una estancia de la Aljafería en el que se representaba a Dios padre en medio de una multitud de serafines.<sup>52</sup>

El exterior del palacio y las calles por las que iba a discurrir el desfile triunfal hasta la catedral se decoraban con arcos efímeros, enramadas, guirnaldas y cartones, en los que se dibujaban y pintaban motivos decorativos al estilo de las grandes celebraciones de la Antigüedad.<sup>53</sup>

Desde el siglo XIII en las ceremonias reales se manifestó la clara intención de mostrar a los espectadores la majestad de la persona del rey, de manera que los retratos que de ellos se realizaron ya no eran meros dibujos esquematizados sino aproximaciones a la realidad, aunque con elementos idealizados. Así comenzaron a aparecer galerías de retratos en los que se representaba el poder legítimo de la dinastía. Al menos desde comienzos del siglo XIV los reyes de Aragón contaban con pintores a sueldo de la corte para dejar constancia artística de sus rostros y cuerpos, costumbre que

<sup>49</sup> Las aljamas judías de Gerona y Barcelona aportaron respectivamente 13.000 y 17.000 sueldos barceloneses el 3 de enero de 1328 de los 200.000 sueldos que se recaudaron para la coronación de Alfonso IV (PALACIOS MARTÍN, B., *La coronación de los reyes...*, *op. cit.*, pp. 301-311).

<sup>50</sup> PÉREZ MONZÓN, O., "Ceremonias regias en la Castilla...", *op. cit.*, pp. 317-318.

<sup>51</sup> *Ibidem*, pp. 320-321, documenta la presencia de autómatas en estas ceremonias en el reino de Castilla.

<sup>52</sup> Esta obra, que no se ha conservado, se ha atribuido al pintor Antonio Pou (FALOMIR FAUS, M., "Sobre los orígenes del retrato y la aparición del 'pintor de cámara' en la España bajomedieval", *Boletín de Arte*, 17, 1996, p. 191).

<sup>53</sup> Ya en el siglo XII se recoge una entrada del rey Salomón en una biblia miniada y otra en el relieve de una arqueta de marfil (BANGO TORVISO, I. G., "*Hunctus rex*. El imaginario...", *op. cit.*, p. 782). La influencia del arte de la Antigüedad comienza a notarse en estas representaciones desde el siglo XII, con la presencia de ninfas y otros motivos, que proliferarán en el siglo XV (STRONG, R. C., *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento 1450-1650*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 19-33, y p. 128). En la coronación de Alfonso XI de Castilla y León en Las Huelgas de Burgos participaron carrozas que semejaban barcos, llenas de poetas, bailarinas y juglares; en la procesión se lucieron las armas reales y varios pajes arrojaban monedas a los asistentes (CARRERO SANTAMARÍA, E., "Por las huelgas...", *op. cit.*, p. 144, y p. 149). Igual que ocurriría con la entrada triunfal de Carlos de Austria en Gante en febrero de 1509 (BRYANT, L. M., *The King and the City in the Parisian Royal Entry Ceremony: Politics, Ritual and Art in the Renaissance*, Ginebra, Librairie Droz, 1986).



Fig. 5. Jaume Mateu y Gonçal Peris, Retrato de Pedro IV de Aragón, ca. 1428. Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC), Barcelona. Imagen: Google Art Project.

se intensificó durante el reinado de Pedro IV [fig. 5]. El Ceremonioso encargó al maestro escultor Aloy la realización de doce esculturas de alabastro de sus predecesores en el trono para el palacio real de Barcelona, que se fueron colocando entre 1342 y 1371.<sup>54</sup>

Esa misma legitimación de la sangre real que garantizaba la continuación de la dinastía se expresaba en la ceremonia de la coronación, y para que los espectadores lo pudieran comprobar con sus propios ojos se procuraba que las imágenes artísticas de los soberanos fueran lo más cercanas posibles a la realidad. Así, Pedro IV, obsesionado con ello, pidió al abad del monasterio de Ripoll que le enviara todos los datos que conociera sobre el aspecto físico de los anteriores reyes de Ara-

gón, como su altura, su aspecto, el color de sus cabellos e incluso cómo eran los vestidos que usaban.

Se ha supuesto, y es probable, que Pedro IV le encargara al platero valenciano Pere Berneç, que usara estas descripciones para realizar los esmaltes con los rostros de los reyes de Aragón que decoraron el pomo de la espada y quizás otras joyas que este monarca le encargó en 1360, que debía ser *el más bello y rico posible*.<sup>55</sup>

Por tanto, las coronaciones eran ocasiones propicias para mostrar la capacidad y maestría de los artistas que servían a la corte, como ocurrió con los pintores Lluís Borrassà y Antonio Pou que realizaron diversas obras en las coronaciones de Juan I en 1388 y de Martín I en 1399, pintando enseñas, emblemas heráldicos, cartones para los banquetes o arcos efímeros; incluso se llegaron a realizar figuras de reyes y reinas en madera cubierta

<sup>54</sup> FALOMIR FAUS, M., "Sobre los orígenes...", *op. cit.*, pp. 178-180, y p. 188, y ENGUITA UTRILLA, J. M. y LAGÜENS GRACIA, V., "Vestiduras y distintivos reales en el ceremonial de consagración y coronación de los Reyes de Aragón", en Montoya Ramírez, M. I. (coord.), *Moda y sociedad. La indumentaria: estética y poder*, Granada, Universidad, 2002, pp. 207-236.

<sup>55</sup> ARCO, R. DEL, "Sepulcros de la Casa...", *op. cit.*, p. 288; FALOMIR FAUS, M., "Sobre los orígenes...", *op. cit.*, p. 183, y PÉREZ MONZÓN, O., "Ceremonias regias en la Castilla...", *op. cit.*, p. 321.



Fig. 6. Coronación de la Virgen. Iglesia de San Miguel, fines del siglo XIV. Daroca (Zaragoza). Imagen: <https://www.flickr.com/photos/elgolem/14949139259>.

de cera para ornamentar estas ceremonias, como ocurrió en 1355 en la coronación de la reina Leonor de Sicilia, tercera esposa de Pedro IV.<sup>56</sup>

Por fin, la música era una manifestación artística omnipresente durante todos los actos de la coronación. En la Aljafería se celebraban bailes y sesiones de música; atabales, dulzainas y tamborinos desfilaban amenizando con sus canciones y melodías el cortejo real; en la Seo sonaba música solemne durante la ceremonia más relevante y ministriles y bailarines participaban en todos los festejos como un elemento esencial. Incluso es probable que hubiera composiciones musicales específicas para este ritual, aunque no se ha conservado ninguna [fig. 6].

---

<sup>56</sup> FALOMIR FAUS, M., “Sobre los orígenes...”, *op. cit.*, p. 185, y p. 191; PÉREZ MONZÓN, O., “Ceremonias regias en la Castilla...”, *op. cit.*, p. 321, y RIERA I SANS, J., “La coronación de la reina Elionor (1352)”, *Acta histórica et archaeologica mediaevalia*, 26, 2005, pp. 485-492.